

Cazú Zegers, arquitecta

“ESPERO QUE ALGÚN
DÍA ME TOQUE
EL PREMIO
NACIONAL”

Después de un año sabático para repensar su carrera, Cazú Zegers vuelve a trabajar con un nuevo concepto: quiere involucrarse “en las cosas que le importan al país”, ayudar a la conservación del patrimonio natural y algún día, también, ganar el Premio Nacional de Arquitectura: “Hay varias personas que me lo han dicho”.

Por Magdalena Andrade N. Fotografías: Carla Dannemann.

*Muchas, muchas veces pensé en dejar de trabajar. Lo intenté, pero la arquitectura no me soltó”, dice la arquitecta Cazú Zegers.



Cazú Zegers, la arquitecta “del habitar leve y precario”,

como le gusta definirse; la mujer que le pone nombres poéticos a cada una de sus creaciones, y que ha recorrido el mundo hablando de su trabajo con la madera –o de la conexión entre arquitectura y naturaleza–, dice que el año pasado despertó. Que tuvo una experiencia que retumbó en su cabeza como un despertador que resuena sin contemplaciones.

–El año pasado, cuando fue la Bienal de Venecia (la exposición arquitectónica más importante del mundo, que se desarrolló entre septiembre y noviembre), Chile presentó un pabellón que hablaba de los paisajes del suelo de nuestro país. Yo, que trabajo muy relacionada con este concepto, me pregunté por qué no me habían invitado a participar. Un día, cuando me encontré con uno de los curadores, le pregunté: ¿por qué no pensaste en mí? Y me dijo: Cazú, es que ni siquiera se nos ocurrió tu nombre.

Cazú Zegers, la arquitecta de facciones menudas y pelo corto –algo así como un sello personal, que usa desde los cinco años– venía de un buen período. Su última creación, el hotel Tierra Patagonia, construido en las afueras de las Torres del Paine, había sido internacionalmente reconocido por su arquitectura respetuosa con el paisaje patagónico. Y un par de meses antes de la bienal, en junio, había sido invitada por el prestigioso Museo Maxxi de Italia a dar una charla sobre su trabajo.

–Cuando escuché esa respuesta pensé: en Chile soy invisible. Estoy invisible porque cultivé la invisibilidad. Y porque he estado siempre involucrada en proyectos mínimos. Esto fue para mí como un despertador.

Cuando habla de proyectos mínimos, Cazú Zegers habla de sus casas. Casas que ha proyectado con ese lema de lo “leve y precario”, donde hay materiales como madera, piedra y hormigón, y en las que predominan las formas curvas que ella asimila a la estructura de las flores. Casas como la “Cala” –que construyó a principios de los 90 y que le valió el Gran Premio Latinoamericano de Arquitectura en 1993–, la “Carpa”, la “Petra”, la “T” –que construyó

“(CUANDO NO FUE INVITADA A LA BIENAL DE VENECIA) PENSÉ: SOY INVISIBLE, PORQUE HE ESTADO INVOLUCRADA EN PROYECTOS MÍNIMOS. FUE COMO UN DESPERTADOR”.

el año pasado en Aculeo– o la “Soplo” –donde vive hoy–, le han hecho cultivar un lenguaje muy propio y reconocible, que ha consolidado desde que salió de la Universidad Católica de Valparaíso, donde estudió y donde la formaron en la corriente de que la arquitectura tiene mucho de la poesía llevada a lo concreto.

Cazú Zegers es considerada una de las arquitectas más importantes de Chile junto a Antonia Lehmann –la única mujer que ha sido Premio Nacional de Arquitectura–, Cecilia Puga y Mirene Elton. Sin embargo, ella misma reconoce que, hasta ahora, le ha faltado involucrarse en proyectos más importantes para el país.

–Me hubiera encantado meterme en el proyecto para hacer bien la Costanera Norte, cómo integrarla a la ciudad. Pero siempre he estado en mis casas –dice.

–Ese despertador del que habla, ¿la hizo despertar con rabia por lo que no hizo antes?

–No. Es parte de la vida. No me arrepiento de ninguna cosa vivida. La arquitectura no tiene edad. Alberto Cruz Covarrubias siempre dice que uno es arquitecto recién a los veinte años de ejercer la profesión, porque es un arte muy complejo, tiene muchas dimensiones. Y uno va construyendo un lenguaje y un estilo, un punto de vista.

Muchas transformaciones personales la empujaron, como una bola de nieve, a querer hacer un cambio profesional.

–Hubo un llamado de mi ser interior, de mi ser mujer. Fue un proceso que comenzó cuando mi hija Clara (su única hija, hoy de 21 años) cumplió los 18. Entonces pensé: ya cumplí. Ahora parece que me toca a mí. Y todo el tiempo que pasó entre ese momento y ahora fue mi período de transición. Hasta hoy.

Durante ese período, Cazú Zegers se divorció de su marido, el ingeniero Rafael Larrain. Y también se construyó, por primera vez, una casa para vivir ella y su hija. Lo hizo en La Dehesa, con una vista limpia y clara de los cerros El Altar, La Paloma y El Plomo. Una vista que disfrutó con plenitud durante este último año, que decidió tomarse como sabático para reflexionar, para cambiar. Y también para rehacer.

El día de esta entrevista es el segundo día de trabajo de Cazú Zegers después de volver de su año sabático. Durante esos meses de reflexión, no abandonó la



ARCHIVO FAMILIAR

1. El año pasado, Cazú Zegers fue reconocida con el Premio Mujeres del Siglo XXI de la U. del Pacífico. Aquí compartió con la escritora Marcela Serrano y la artista Matilde Pérez. “Ella es una mujer preciosa”, dice. **2.** Con su hija Clara Larrain, quien heredó el gusto por el diseño y el arte. **3.** El pelo corto es su sello: lo usa desde los cinco años. **4.** “Toda mi vida universitaria desarrollé mi parte masculina, a propósito de que las mujeres no eran bienvenidas en la arquitectura”, dice Cazú, quien trabaja con un equipo mayoritariamente masculino.

arquitectura del todo: siguió involucrada en proyectos, especialmente en el del Centro Cultural de Puente Alto, que, después de doce años por fin será construido; también dio algunas charlas como la del Maxxi e hizo un taller en la Universidad del Desarrollo, donde es profesora. Pero también dedicó mucho tiempo a repensar su vida y su carrera.

Hoy dice que vuelve a trabajar con algo de nervios.

—Quiero hacer cosas importantes, pero tampoco quiero que el trabajo me absorba el cien por ciento de la vida. Quiero dejar de pensar que si uno no hace las 500 horas de trabajo a la semana, no está cumpliendo. No quiero sacrificar todo lo valioso que recuperé este año.

—¿Qué cosas recuperó?

—A mí misma, en cierta forma. Quién soy, quién quiero ser, qué quiero hacer, básicamente. Nunca me asumí como una arquitecta potente, pero ahora miro para atrás y veo los premios del hotel, que me llamaron del Maxxi y es como si hablaran de otra persona. Ahora estoy asumiendo que tengo talento y puedo desplegarlo.

—¿Cree que llevar un bajo perfil terminó perjudicándola?

—No es ni bueno ni malo. Creo que hay cosas que

ese paso al lado cuando dicen: me sumo, acepto esta forma que se me impone y me arreglo aquí. Y por eso hoy hay mucho té con las amigas, mucho gimnasio; una vida de Bella Durmiente.

—¿No se cuestiona no haber hecho este despertar antes?

—No, ni tampoco juzgo a otras mujeres. En el fondo, cada uno hace lo mejor que puede con las herramientas que tiene. Unos tienen el llamado interior de subir el cerro bien parado; otros, de subir una loma suavemente, pero cada uno sube la colina a su manera. Nada es mejor o peor. Los que quieren subir más arriba son los que quieren marcar el camino, pero porque tienen ese espíritu. Pero todo sirve.

Hoy, en Chile, hay pocas mujeres arquitectas. Menos aún, reconocidas. Cuando ella estudiaba, en los años 80, en su escuela decían que a las mujeres les costaba más ser arquitectas porque tenían menor capacidad de abstracción. Y por eso, quizás, ella fue la única mujer de su generación. Y tuvo que aprender a moverse con códigos masculinos.

—Toda mi época universitaria, a propósito de esto que la mujer no era bienvenida en el mundo de la arquitectura, desarrollé mucho mi parte masculina; de hecho, hacía motocross, viajé por todo Chile en moto y tenía mucha fuerza física. Era muy deportista. Tenía fuerza avasalladora siendo muy frágil, por lo que diría que todo mi período masculino lo desarrollé antes, con la universidad, y después, en mis primeros años de trabajo. Porque la arquitectura que yo hacía era muy nueva en ese momento, y a veces ni siquiera podía hablar de ella. Pasaron 10 años cuando recién empezó a ponerse en valor. Todas las cosas que hice, las hice porque amigos o personas confiaron en mí.

Por eso, quizás, la falta de reconocimiento femenino ya no le llama la atención.

—Miguel Laborde hizo una investigación sobre las mujeres en Chile, y me dijo un día: las mujeres artistas son invisibles. Hemos tenido mujeres increíbles y tremendas, y no se ven. Recién están empezando a ponerse en valor María Luisa Bombal, Violeta Parra, Rebeca Matte. Arthur Rimbaud decía: volverá a existir una nueva poesía cuando la mujer termine esta infinita servidumbre al hombre, y descubra su propio lenguaje y sus propios mundos. Y a mí me encanta eso. Las mujeres están tomando su lugar desde mujeres, no como en los 60, en un espacio como si estuvieran compitiendo.

—Pero aun así, no han conseguido reivindicaciones como la igualdad de salarios.

—Qué pena más grande. Chile hoy está... no se puede hablar de poesía, no se puede hablar de emoción, no se puede hablar de sensibilidad.

Cazú Zegers es una arquitecta geo-poeta, como le gusta definirse: para ella, toda arquitectura debería ejercerse con un respeto sagrado del paisaje.

—Pero Chile está en un equilibrio muy precario. A mí

“MI TRABAJO ERA MUY CUESTIONADO POR MI MARIDO. ENTONCES, EMPECÉ A TRABAJAR DE UNA FORMA QUE NO SE NOTABA”.

tienen que ver con la cultura. Por ejemplo, que las mujeres nos sumemos a los maridos, seamos las “señoras de” porque hay una convicción sobre cómo llevar adelante una familia.

Ese ejemplo es lo que le tocó vivir a la propia Cazú en su matrimonio.

—Mi trabajo era muy cuestionado por mi marido, había una lucha de poderes, entonces yo empecé a trabajar de una forma que no se notaba. Primero vivimos en Pirque y yo trabajé en mi casa. Después vivimos en el sur y allá hice algunas cosas. Donde íbamos, hacía. Además de las labores de la casa, iba haciendo proyectos. Nunca me enfoqué en hacer una carrera profesional. Todo era desde ser mujer, ser mamá, ser esposa y construir una familia. No cultivé ningún tipo de perfil, sino que todo fue saliendo como salió.

La arquitectura, sin embargo —dice—, era parte de su esencia y su espacio personal. Una necesidad interior.

—Yo creo que la arquitectura fue la gran lucha de mi marido, al que debió darle un poquito de celos este amante/personaje que no era él.

—¿Pensó en dejar de trabajar?

—Muchas, muchas veces pensé: ¿cómo será la vida sin tanto esfuerzo? Pero la arquitectura es una vocación. Así como se puede ser monja de claustro, la arquitectura para mí es un asunto artístico-espiritual. No lo puedo dejar porque si no, me muero. Las veces que traté de dejarlo —lo intenté varias veces— la arquitectura no me soltó. Cuando me casé, mi marido quería tener esta mujer que lo esperara en la casa todos los días. Pero no resultó. Hay mujeres que dan

Cazú Zegers bautizó su casa como “Soplo”: una estructura con muros de hormigón, líneas curvas y habitaciones que se conectan a través de un pasillo con grandes ventanales que tienen vista a los cerros El Plomo, El Altar y La Paloma.





El lenguaje arquitectónico de Cazú Zegers está definido por dos palabras: madera y curvas. Así lo demuestran sus obras más recientes: la casa "T", construida en Auleo en 2012, la casa "Carpa", en las cercanías del Parque Nacional Villarrica (2010), y el premiado hotel Tierra Patagonia (2011).

me duele Chile, terriblemente, porque entre la minería en el norte, y todo lo que pasa en las grandes ciudades, estamos destruyendo nuestro patrimonio cultural y natural a pasos agigantados. Son contados con los dedos de las manos los arquitectos que respetan la naturaleza. Los otros están en su ley, pero no tienen un sueño de país. En el Cajón del Maipo, por ejemplo, están haciendo unas centrales de paso de una forma muy grotesca, están destrozando el paisaje.

-En Chile hay poca cultura de conservación.

-Es un problema que va más allá de eso. Fui a la Carretera Austral cuando estaban abriendo la huella, y me encontré con un terreno virgen, místico, una experiencia que no se podía creer. Fui 20 años después por un trabajo en la Fundación Chile y casi me morí. Cómo, en 20 años, fuimos capaces de convertir este lugar místico en un paisaje igual al resto del sur, donde no queda nada. Los chilenos no sabemos dónde estamos parados. Tiene que haber alguna forma de hacer entender que nuestro patrimonio es la belleza escénica del territorio. ¿Cómo no hacer de Chile una gran reserva de la biósfera; cómo no convertir a Chile en un país verde, con buena infraestructura turística?

-Dice que Chile le duele. ¿Y Santiago?

-Uff, bajo todos los días por Santa Teresa, y al ver todos los días esos edificios que se han convertido en una costra del cerro, con todo ese esfuerzo de máquinas y máquinas tajeándolo, digo: cuál es el sentido. Uno pasa todos los días y ve una detrás de otra las tonteras que están haciendo: sacar las áreas verdes y los parques. Lo que me da terror es que se cambie la ley de la cota mil de construcción, porque hay mucha presión para seguir construyendo hacia arriba. Pero Santiago se sostiene por todo este cordón de cerros, y si llenamos de casas para arriba nos vamos a morir, la vegetación se va a extinguir.

-¿Qué le gustaría cambiar?

-Ahora quiero involucrarme en las cosas que le importan al país. Poder pensar las grandes estructuras. Me gustaría trabajar en el desarrollo del norte y el auge minero. Frente al auge minero no hay ninguna reflexión sobre cómo habitar el norte. Hay que pensar cómo hacer esas viviendas, cómo transformar las ciudades. Hace poco estuve en Antofagasta y es

como *Sin City*: sin Dios ni ley. Mi pregunta es ¿cómo convertimos *Sin City* en la Tierra Prometida? Y tiene que ver con las generaciones jóvenes y con una manera de mirar, porque los otros ya están mayores y no van a cambiar su forma de pensar.

El año pasado,

en julio, invitada por la RAD -la Red de Alta Dirección de la Universidad del Desarrollo-, Cazú Zegers viajó al Amazonas, a la Reserva Nacional de Samiria, en Perú. Ese viaje, hecho en pleno año sabático, la marcó.

-Fue el inicio de esta puerta de entrada al cambio -lo define.

Allí, observando cómo vivían las comunidades indígenas -entre la naturaleza y la precariedad, las palabras favoritas de la arquitecta-, sintió que vivir así, algo que ella ha buscado en su trabajo toda la vida, era la forma más cercana de haber encontrado un lugar en el mundo.

-¿Y usted, siente que ha encontrado su lugar en el mundo?

-Sí, ahora. Yo antes decía que la arquitectura no tenía género. Pero esta capacidad de sumarse a la tierra y no querer ser protagonista, y entrar en diálogo con la tierra, con el paisaje, con el entorno, es algo muy femenino y muy mío.

Antes, cuando le decían que su arquitectura era "femenina", Cazú Zegers lo encontraba peyorativo.

-Pensaba: me están despreciando. Esto no nace porque soy mujer. Pero hoy puedo decir que sí, que es lo que abre una mujer, que es distinto.

-Ahora que le preocupa ser visible, ¿le gustaría recibir un reconocimiento mayor? ¿O el Premio Nacional?

-Hay varias personas que me lo han dicho. Espero que algún día me toque. O quizás el reconocimiento me puede llegar como a la Matilde Pérez, a los 90 y tantos años (Matilde Pérez todavía no ha recibido el Premio Nacional de Arte). El año pasado nos dieron a ambas el reconocimiento *Mujeres del Siglo XXI*, y ella era una mujer preciosa. Ha dejado un legado infinito, pero sobre todo, ha tenido una vida linda. Bien vivida ■

aviso